

LA SEMANA TELEGRÁFICA.

CAMPO ABIERTO

A TODAS LAS ASPIRACIONES DEL CUERPO DE TELÉGRAFOS.

DIRECTOR: DON RAFAEL DE VIDA.

Este periódico se publica los días 8, 16, 24 y 30 de cada mes. Redacción y Administración, calle de la Amnistía, 6, principal izquierda.

PRECIO DE SUSCRICION. Madrid: un mes, 5 rs. Provincias: un mes, 4 rs. Las suscripciones siguen sirviéndose interin no se dé aviso de baja.

Núm. 11.

Domingo 24 de Enero de 1869.

Año II.

A petición de varios suscritores y amigos que habían visto en los periódicos andaluces el siguiente artículo y deseaban tenerlo en la colección de LA SEMANA, lo reproducimos en el presente número.

LA BATALLA DE ALCOLEA

DESDE EL TELÉGRAFO DE CAMPAÑA.

No voy á investigar antigüedades como en otras ocasiones, ni á hacer historia; voy á narrar solamente lo que he visto pasar ante mí, y como siempre, no con la cabeza, sino con el corazón, escribir los episodios que he presenciado el memorable 28 de Setiembre á las inmediaciones de ese puente de Alcolea, que en medio siglo se ha visto manchado con la sangre de los primeros mártires andaluces de la independencia y de la libertad de la patria.

La estación de campaña estaba situada á unos 200 metros del puente, en el cruce de la vía férrea y la antigua carretera, y á su espalda se elevaba una pequeña altura que permitía observar á la vez la sierra, la hacienda del Capricho, y los llanos de Alcolea.

La tarde anterior, D. Adelardo Lopez de Ayala, dando una prueba más de su genio audáz, llevando por bandera de paz los pañuelos de sus amigos, había emprendido el camino de Montoro, calvario del desgraciado Vallín. De sus reconocidas dotes todo se esperaba; la idea de un combate como el del 28, muy pocas ó ninguna mente atravesaba la noche del 27; noche apacible y tranquila que la más poética de las lunas alumbraba, inspirando sueños de ventura á los mil valientes cuya existencia iba á terminar el nuevo sol:

hermosa noche que no podía inspirar ningún pensamiento siniestro, porque la vista se recreaba en la más bella de las perspectivas, y el dulce silencio del llano y de la selva solo se interrumpía por la más expansiva de las voces, *Libertad*, respondiendo el varonil *quién es* del centinela.

Yo quisiera haber nacido poeta para poder cantar mis impresiones cuando á la primera claridad del alba las músicas rompieron la diana y el campamento volvió á la vida. El día avanzó y un sol esplendoroso y ardiente recortó el paisaje, robándole la dulzura de la tibia luz de la luna y de la aurora: el verde de la montaña pareció ponerse más sombrío, y más tétrica y solitaria la llanura: un calor sofocante desde las primeras horas sobreescitaba la naturaleza toda, y la ansiedad por saber el resultado del parlamento se hizo general. Ayala era esperado como ningún pueblo de Israel esperó al Mesías, y Ayala cerca de las ocho volvió por fin. *Ayala ha vuelto*, corrió de batallón en batallón, de puesto en puesto, y llegó á Córdoba aún antes que el telégrafo lo transmitiera, y el activo Alarcon, y Asquerino, Rejano y otros amigos suyos, en un furgon que arrastraba una máquina montada por Merás, con una velocidad de ocho atmósferas, llegaron á Alcolea á tiempo que el general Serrano regresaba á la ciudad, en una góndola á la calesera, cuyos caballos cordobeses iban á competir con los de Fulton.

Antes que el resultado del parlamento se supiera, las tropas del marqués de Novales aparecieron en el cerro de las Cumbres y fueron descendiendo al llano de la Casa blanca. Aquella larga columna que seguía las sinuosidades de la carretera y se agrupaba en el llano, parecía una cautelosa serpiente que se enroscaba para ocultar sus dimensio-

nes; el reflejo de las armas, el brillo de sus ojos, acechando el momento propicio de atacarnos.

Los que no han pasado la vida de los campamentos ni presenciado una función de guerra, suelen envidiar y aún criticar las gracias que obtiene un ejército después del triunfo: para los que conocemos las penalidades de la milicia; para los que sin haber sido militares han concurrido á una batalla, comprenden que el poder del hombre para nada es más limitado que para dar recompensas al soldado, si la equidad hubiera de darlas en justa proporción de sus trabajos. El pueblo andaluz no es especulador y el campamento de Alcolea, que el interés hubiera en cualquiera otro punto tenido completamente abastecido, no tenía más provisiones que el pan de un último día de data. El soldado, lo mismo que el oficial, no tenían otro alimento que pan, y agua los que estaban á la orilla del río, pues á retaguardia se padecía la sed más espantosa. Cerca del telégrafo había un pozo, que los soldados tenían continuamente agotado, estrayendo hasta el barro de su fondo, valiéndose de las flambreras pendientes de alambres de la destrozada línea telegráfica.

El día avanzaba y con él la brigada de cazadores isabelinos, que desde Villafranca costaba el río por la falda de la Sierra con objeto de atacarnos de flanco, y facilitar el paso del puente á su numerosa caballería y artillería. Movimiento que aún antes de saberse, el bizarro general Caballero de Rodas lo había adivinado, y fuerzas iguales en número, pero «de corazón más levantado,» como decía el bravo general Izquierdo, cubrían ya el punto que amenazaban. Al medio día, por la parte del bosque, uno y otro campo se encontraba al habla.

Si los momentos que preceden á un duelo son sublimes, esa sublimidad sube de punto en esos combates colectivos, en que sin odio ni pasión, al medir cada cual á su contrario, sus ojos tropiezan con un compañero de colegio, con un amigo de la infancia, con un hermano, en fin, á quien la misma madre alimentó y de quien nos separa una preocupación, la errada opinión de un jefe, ó ese deber, cuya barbaridad le hace no admitir la discusión de su justicia.

¿Quién disparó el primer tiro? Hé ahí una cosa que no he podido averiguar; pero se dice que se escapó á un soldado de Segorbe, á quien su capitán reprendió á grandes voces su descuido, á fin de que el enemigo compren-

diera que no se había mandado disparar: otros, que las guerrillas contrarias rompieron el fuego á la quinta intimación del marqués de Novaliches, que les amenazó con cañonearlos si no avanzaban: en esta parte soy eco de hablillas y nada puedo asegurar; lo que sí puedo decir es que el fuego desde el primer momento fué mortífero y que tras el primer tiro apareció el primer herido y tras este un no interrumpido cordón de ellos. Y no podía ser de otra manera; el fuego era tan á *quemar ropa* que el primer herido que yo vi llegar al hospital de sangre, traía quemado el capote por el disparo.

La impresión de aquellos primeros momentos del combate, no es posible expresarla: la lucha tenía lugar en medio del bosque, y de ella solo se veían sus aterradores efectos, en los heridos que se retiraban, y el horrible fragor de los disparos, que el eco de la montaña aumentaba y repetía.

Antes de esto, había ocurrido la sorpresa de la brigada enemiga, que se ha contado de diferentes modos y que yo referiré de la manera lacónica que la oí al general Serrano delante de la estación: «El general Caballero de Rodas, dijo, ha sorprendido tres batallones que se dirigían á tomar posición; los ha detenido hasta mi llegada; he hablado con su jefe, que ha dicho que se suicidaría si no los recibía como prisioneros de guerra; y yo los he dejado en libertad de irse ó de pasarse: ahora, añadió el general revolviendo el caballo si se baten serán unos.....» y no pude entender el calificativo que les aplicó. El deber bárbaro, como lo he llamado antes, obligó á aquellos valientes á disparar contra sus hermanos y corresponder mal á la generosidad del general Serrano; esas aberraciones del entendimiento en circunstancias tan críticas, deben compadecerse en vez de anatematizarse.

Nada es tan difícil de apreciar como la duración del tiempo; recordando ahora las peripecias del combate, me parece tan corto, como largo en aquellos momentos de ansiedad. Cuando se rompió el fuego, nosotros no teníamos en línea ni aún la mitad de nuestras fuerzas. Mediaba la tarde y aún llegaban de Córdoba batallones jadeantes por dos largas leguas de carrera, abrasados por la sed, pidiendo *agua*; ¡al fuego! les mandaba el general Izquierdo, encargado de la distribución y llamando por su nombre á los batallones, «¡Viva la libertad!» «Paso ligero,» les gritaba, y los soldados, «¡viva la libertad!» repetían, y

suspendiendo el arma y arrojando sus provisiones para llegar más pronto, á todo correr se dirigian al puente, saludados por los heridos que encontraban al paso, que olvidaban sus dolores para decirles: «á ellos, ¡viva la libertad!»

Aquel espectáculo era grande sobre toda grandeza, y á mi alrededor veia desarrollarse todos los caracteres, todos los nobles tipos del pueblo español, siempre bravo, sufrido y generoso; de ese pueblo cuya mejor representacion es el ejército, que encierra en sí la parte viril, honrada é inteligente de sus diferentes clases. Aquellos soldados adolescentes que iban á la carrera en busca de la muerte, vitoreando una idea, cuya intuicion solo tenian; aquellos heridos que tornaban mutilados del combate, mostrando sus heridas á los que iban, para más enardecerlos, porque la sangre al español no le intimida, y de quien recuerdo á un capitán de Cantabria, que una granada le habia quitado una pierna, y que al ser conducido al hospital, «¡Viva la libertad! corred vosotros, que yo no correré más, gritaba á los soldados, y que hoy sea el último dia de los tiranos.» ¡No correrá más, ni aún andará siquiera! Yo vi el cadáver de aquel valiente, y por cierto que fué el último que se enterró: ¡la pérdida de sangre le privó de la vida antes de llegar al hospital! Aquellos asistentes, que como la más cariñosa de las madres, procuraban mitigar los dolores de sus amos, y recuerdo al de un capitán de Bailén que habia caído por un derrumbadero, y el daño interior lo ahogaba; aquellos artilleros buscando afanosos al capellán de su regimiento para llevar el último consuelo al compañero moribundo que pedia confesarse; aquellos prisioneros de Madrid y Barbastro, que en medio de nuestro campo, al preguntarles si eran pasados, contestaban con altivez española, «no, prisioneros de guerra;» todos aquellos tipos, todos aquellos caracteres, eran el pueblo español digno de la libertad por quien combatian.

Llegó la noche, y con ella el último y más terrible episodio de la batalla, episodio que se ha contado de diferente manera que pasó. Se ha dicho que las tropas de Novaliches, tocando el himno de Riego y dando vivas á la libertad, se acercaron al puente de Alcolea; mentira. En el ejército, podrá haber individualidades que intenten felonias; pero no cuerpos que las ejecuten: lo que pasó fué lo siguiente. El general Pavía, con un valor temerario, recordando que para los soldados

de Isabel no habian sido obstáculo los puentes fortificados de Luchana y Belascoain, al frente de sus tropas, arma á discrecion, y batiendo marcha, se dirigió al puente de Alcolea, que no enfilaba ningun cañon, ni tenia más parapeto que sus pretilas y los desnudos pechos de los soldados de la libertad, que formados en masa llenaban su último tercio. La idea de aquella lucha fratricida, aún despues de empeñada, no cabia en mente alguna, y la conviccion, hija de nuestro deseo, de que venian á abrazarnos, los dejó acercarse y entrar en el puente, y casi tocarse, sin que nadie se diera razon de lo que pasaba en esos momentos de los combates, tan breves y tan largos, que no hay reloj que los marque.

¡Viva la libertad! gritaron nuestros soldados al abrir los brazos. ¡Viva la reina! contestaron los otros al cerrar los suyos: y el Dios de las batallas, con la potente voz de los cañones, impuso silencio á los defensores de un trono que en sus altos juicios tenia ya juzgado. Al viva de los isabelinos, la muerte batió sus negras alas sobre el puente y cien cadáveres lo alfombraron: cayó su caudillo herido, y rechazados volvieron á su campo. Nadie los persiguió; la rota hubiera sido horrible si nuestra caballeria, agrupada delante de las Ventas, se hubiese lanzado en su alcance; pero los que se retiraban no eran soldados extranjeros que era necesario destruir, eran hijos de nuestra misma patria, y los soldados de la libertad mataban solo en legitima defensa.

Al ataque del puente siguióse un cañoneo terrible, que la oscuridad de la noche hacia más espantoso, percibiéndose sus llamaradas y las de la explosion de los proyectiles. Aquella escena salvaje, en que hijos de una misma patria y hermanos de una misma profesion se destrozaban; aquel campo sembrado de cadáveres, necesitaba una luz adecuada y también la tuvo.

Una granada atravesó la techumbre de paja del cortijo de Pay-Gimenez: por el agujero que dejó, instantáneamente brotó una llama, que como la de un cirio, se mantuvo elevada unos segundos y se extendió despues convirtiendo el predio en una inmensa hoguera. Largo tiempo, á la siniestra claridad del incendio, se registró la desierta llanura de la Casa Blanca, vasto cementerio á que únicamente prestaba vida el lejano ruido del trote de los escuadrones enemigos, y el sordo rodar de sus trenes, alejándose en direccion al Carpio.

Al oscurecer y empezarse el terrible cañoneo mencionado, díjose que el enemigo se corría á la izquierda en direccion del *Vado de las Quemados*, y nuestras baterías corrieron en la misma direccion, situándose una detras de la estacion de campaña, á cuyo primer disparo se rompieron los hilos de la banda de Madrid, por los cuales recibiamos las comunicaciones del enemigo, mediante un doble cruce con los hilos del ferro-carril, antes y despues del corte de las estaciones de guerra del marqués de Novaliches. La proximidad del fuego hizo que el hospital de sangre que estaba á nuestro lado, tuviera que mudar de sitio, y nosotros trasladamos la estacion con él, á la de la vía férrea.

Lo que me queda que referir es triste: como antes dije, la mayor parte de nuestras fuerzas no habian entrado en fuego ni podido utilizarse todos nuestros poderosos medios de defensa, y un tren de artillería de batir, que no habiamos tenido tiempo ni necesidad de descargar, ocupaba la vía en toda la estacion de Alcolea, obstruyendo la salida del apartadero, en que se hallaba el tercer tren de heridos que se remitía á Córdoba. Nada puede darse más horrible que el espectáculo que presentaba la estacion en las primeras horas de la noche. La pieza más amplia de ella, era el despacho de equipajes, convertido en sala de curacion; el mostrador cubierto de medicinas, hilas y vendajes; debajo de él miembros amputados; sobre la báscula, la caja de los instrumentos quirúrgicos, y en los rincones, reemplazando los fardos de las mercancías, los muertos y los moribundos.

La habitacion del jefe convertida en parque: los andenes ocupados por artilleros que dirigidos por sus gefes, ejecutaban sin más medios que sus fuerzas naturales la difícil operacion de descargar sin muelle ni cábrías las pesadas piezas y arrastrarlas para ponerlas en batería; y ambos telégrafos jugando sin cesar, para que de Córdoba, Sevilla y Cádiz se remitiesen durante la noche municiones y efectos con que al amanecer empezar de nuevo la matanza; preparativos que imposibilitaban la salida de los heridos, que desfallecian por falta de sangre y alimento, y de cuyo tren salian desgarradores ayes que comprimian y prensaban el más desahogado corazón. Fuera de la excitacion del combate, el dolor habia dominado el ánimo; ya no se escuchaban alegres vivas á la libertad; las necesidades ejercian su imperio, y *luz, agua para un herido; ¡madre mia!* eran las únicas voces

que salian de aquellos coches que tantas veces habian escuchado la risa y los gritos de alegría del viajero, y en que, ahora convertidos en *hospital*, solo resonaban los lamentos. La idea de esa madre comun de los cristianos, cualquiera de sus dulces nombres, era el único consuelo del infeliz herido, y ya fuera la natural, ó la de Cristo, ¡madre mia! era lo último que murmuraba el lábio al despedir el postrimer aliento.

Cerca de la una de la noche se desembarazó la vía, y el tren marchó por fin. Yo fui con él, y las fuertes emociones de la pelea, las desgarradoras escenas del hospital, habian puesto mi corazón en un estado de atonía, que era insensible á todo; pero iba á recibir una impresion nueva que conmoviera los resortes todos de mi alma.

Córdoba, patria mia, ¡bendita seas! Tú, la ciudad cristiana, sin *neismo*, aguardabas en medio de la noche á los desgraciados que el plomo enemigo habia atravesado, y los coches de tu aristocracia, manchados con la sangre de los heridos anteriores, y los hombros de todos tus ciudadanos, les ví disputarse como la mayor de las honras el placer de conducirlos á los hospitales y á sus propias casas. Ante aquel espectáculo, yo que habia sido indiferente á todo, no pude ménos de enternecerme, y con los ojos arrasados de lágrimas exclamar: No importa que venga á nuestra España la libertad religiosa y se hagan públicas todas las creencias; en su atmósfera de fé y virtudes cristianas, han de predominar siempre el culto y las ideas de la religion Católica.

En las primeras horas del 29 y tras las fuerzas que salieron de descubierta atravesé el célebre puente acompañado de un celador, con objeto de ejecutar unos empalmes en los hilos rotos de vanguardia. Su entrada por la parte del campo enemigo, presentaba un espectáculo difícil de describir por lo terrible. El pavimento sobre los dos primeros arcos, estaba literalmente alfombrado de cadáveres; la sangre habia tomado las corrientes del agua y los canelones de piedra que la habian vertido al río la conservaban coagulada como carámbanos de hielo, despues de una nevada. Entre tantos restos humanos y destrozados efectos de guerra, solo un objeto me llenó de horror; una mano piadosa habia recogido y puesto s bre el pretil del puente un pan empapado en sangre, tal vez del mismo que estaba destinado á alimentar. Los poetas y novelistas suelen hablarnos de pan

empapado en lágrimas. ¡Dios haga que ninguno de nuestros lectores lo vea nunca empapado en sangre, como nosotros lo vimos en Alcolea!

No un artículo de periódico, un libro sería necesario, para narrar los episodios de esa campaña de un día, que sepultó en las ondas del Guadalquivir un trono, y puso los destinos de la patria en las manos de todos sus hijos.

RAFAEL DE VIDA.

La campaña electoral ha terminado, y en ella el cuerpo de Telégrafos ha cumplido como cumple siempre que las circunstancias le exigen haga más que lo que pueda hacerse. Y decimos que lo que puede hacerse, porque tal es el estado de las líneas españolas á causa de las condiciones del país, y también de su trazado, construcción y entretenimiento, que muy poco ó nada cursaría por ellas, sin el acendrado celo del personal; celo que no se tiene en el aprecio que se debiera, por lo desconocido que es su servicio y la manera y modo con que se presta.

La Correspondencia del día 22, decía lo siguiente:

«Segun los cálculos más aproximados que han podido hacerse, resulta que desde el día 15 hasta las doce de la noche del 19 del actual, se han recibido y transmitido en la estación telegráfica central 5,048 despachos oficiales. Como la mayor parte de ellos constaban de 200 y 600 y más palabras cada uno, reducidos todos á despachos sencillos, dan un total de 30,000 de 50 á 100 palabras, que divididos por los seis días citados salen á 6,000 despachos por día. Esto, sin contar con los telegramas privados y con el servicio oficial de la estación del ministerio de la Guerra. Si se tiene en cuenta que de los 21 aparatos que hay en la Central, casi siempre había alguno sin funcionar á consecuencia de interrupción en el hilo á que correspondía, y que el máximo de palabras por minuto que pueden transmitirse en el sistema Moorse es de 10, se comprenderá fácilmente que el servicio telegráfico

en España, se hace con igual rapidez que en las naciones más adelantadas.»

A lo dicho por *La Correspondencia*, añadiremos nosotros, que los despachos recibidos sobre elecciones desde las doce de la noche del 15 á las doce de la mañana del 20, han sido 23,923, que computándolos á cincuenta palabras, como hace el citado periódico, á pesar de haberlos habido, no de 600 sino de más de 1000, hacen un total de 4,106,150 palabras ó sean 119,615 despachos sencillos de diez palabras, que á razón de cuatro reales cada uno, importan la respetable suma de 47,846 escudos.

Todo lo que no se gasta, se economiza, y el dato que damos, digno es de que se tome en cuenta.

Después de los sucesos de Setiembre se han separado del Cuerpo, con un año de licencia el subinspector 1.º don Francisco Mora y Carretero, ascendiendo en su vacante el que era 2.º D. Rafael Subercace, y en la vacante de éste entró el supernumerario D. Francisco Morales.

El oficial 1.º D. Federico García Real, y el de igual clase D. Eugenio Vazquez, han obtenido también un año de licencia, entrando á ocupar la vacante del primero, el que se hallaba suspenso D. Drotoveo Castañón; la vacante del segundo está pendiente de resolución.

Por fallecimiento del auxiliar primero D. Bernardo Espinosa, y licencia de un año del de igual clase D. Carlos Buil, entraron en plantilla los excedentes D. José María Lázaro y D. Miguel María Cambor.

Al oficial primero D. Meliton Echevarría, que ha obtenido un año de licencia, ha sustituido D. Carlos Buil, que solicitó su vuelta al servicio.

Han obtenido también licencia los

auxiliares segundos D. Manuel Gil y Sacristana y D. Francisco Real y Lopez, y ha pasado á Cuba D. Juan Ortega y Girones. Las vacantes de los dos primeros las han cubierto los excedentes D. Carlos Moreno Lopez y Don Valentin Samaniego.

Los telegrafistas primeros que han obtenido licencia son; D. Santiago Arroyo, D. Serafin Huyas, D. Juan Moreno, D. Ignacio Olos, D. Tomás Montes, D. Federico Asquerino y D. Manuel Aren de la Peña.

Han ocupado sus vacantes D. Leopoldo Pardo, que estaba separado del Cuerpo, y D. Fermin Franco, excedente; por ascenso D. Manuel Mendez, D. Lucio Angel Perez y D. José Vicente Ansó. Volvieron á ingresar D. Serafin Huyas y D. Juan Moreno.

Han entrado en planta los telegrafistas segundos, excedentes, D. Leon Centinada y Tomás, D. Pedro Andrade y Casares, D. Gabriel Vale Cera y Molero, y D. Eugenio Sanchez y Alvargonzalez.

Ha sido repuesto en su empleo, el telegrafista suspenso D. Francisco Arnedo, y el separado del cuerpo Don Claudio Cubeiro.

Finalmente, han sido admitidos y declarados excedentes para cubrir vacantes, lostelegrafistas segundos D. Lorenzo Pujol, D. Bernardo Sorogaistoa, D. José Francisco Vera, y D. Juan Caballero y Alzate.

Los traslados de la semana anterior han sido: el auxiliar primero, D. Matio Merino, de Vitoria á Miranda, y de este punto á Vitoria el de igual clase D. José Ruiz del Barrio. Los telegrafistas: D. Juan Diaz Amarillas, ha pasado de Badajoz á Sevilla; D. Francisco Martí, de Andújar á Sevilla; Don Crisanto Dario Santos, de Badajoz á Andújar; D. Tomás Alfonso Mayoral, de San Sebastian á Irún, y D. Ildefonso Oria, de Huesca á Zaragoza.

Hemos esperado dos dias más para dar el número, aguardando la salida del anunciado arreglo, que segun parece aun se retardará. Dicese que el proyecto se ha modificado, ó por mejor decir, que ha sido abandonado; y que en su lugar se confecciona otro en que, como decia *La Correspondencia*, se hacen grandes economías *sin perjuicio del personal de Telégrafos*.

Se habla de fusiones, de creacion de los antiguos oficiales, y otras cosas que la falta de costumbre de ganar los subalternos, nos hace poner todas esas noticias en cuarentena. De cualquier manera que sea, como el arreglo está ligado al presupuesto general del ministerio, creemos no puede tardar en publicarse, y en el mismo dia que salga en la *Gaceta*, haremos la tirada de él, y lo remitiremos á nuestros suscritores, segun se lo tenemos ofrecido.

CORRESPONDENCIA DE LA SEMANA.

Sres. D. A. B. y D. P. D.—*Villagarcía*.—Recibido el importe del trimestre.

Sr. D. B. del C.—*Marbella*.—Id. de las dos suscripciones de esa.

Sr. D. P. G.—*Valladolid*.—No he recibido más que su última carta; complacido desde hoy.

Sr. D. J. C.—*Valladolid*.—Se hará como desea.

Sr. D. M. E.—*Carolina*.—Esos sentimientos quisiera ver en todos; pero.....

Sr. D. J. C.—*Jerez*.—No me habia fijado en su carta del 4. Se hará.

Sr. D. F. M. de T.—*Orense*.—Recibido el importe de las cuatro suscripciones de esa.

Sr. D. J. M.—*San Sebastian*.—No he recibido la carta que me indica; queda suscrito; pero no remita importe, hasta que avise el resultado de las diligencias que practico en busca de aquella.

Sr. D. D. P.—*Huelva*.—No he olvidado su encargo. Si conviene Andújar avise al momento; si no, nada y estaré á la mira; lo difícil es reemplazarlo en esa.

MADRID: 1869.

Imprenta de M. Tello, Isabel la Católica, 23.